

a Ana, por el saqueo

también a P



# 1

—¿En qué sentido?

Pues en que ahora intento concentrarme en ser mi propio producto, mi conquista. No confío en lo natural. No me pertenece, no logro acceder. Soy 5.000 horas de gimnasio mental.

No sé, ya no me gusta lo mismo de antes. He cambiado mucho. Seguro que me vas a decir que en ese cambio hay mucho de no programado, de azaroso, de la vida como el río que nos lleva. Pero en lo sustancial no. Hay demasiadas cosas decididas, elegidas. Al principio todos estos cambios me lo hacían pasar mal. Ahora muy pocas veces. Mis gustos siempre fueron de persona interesante, sofisticada, indudablemente culta. Supongo que me gustaba ser de un gueto. Una elegida. Proyectaban una imagen con pocas fisuras, irreprochable. Un contorno distinguido. Lo veía en los ojos, y eso me iluminaba. De eso se trata, al fin y al cabo. De considerarse en la pupila de los demás, en sus aproximacio-

nes, esa coreografía semifísica. Esa que no se reconoce hacer, seguramente porque es también semiinconsciente. Sentir el respeto, el sitio ganado, el lugar. El lugar es la identidad, ¿no crees? A veces ni siquiera es un lugar, el respeto se consigue con una simple postura. Notar cómo se callan cuando empiezas a hablar. Está muy bien sojuzgar un poco. En todas las conversaciones, hasta las más íntimas y sinceras, se pisa y se roba y se impone. Es el motor de todo, la verdad. Lo hacemos bien porque somos educados y guais, y el interlocutor lo nota lo suficientemente poco para dejarlo así, y soportarlo. Y le dejamos el espacio suficiente para que se nos suba un poco a la chepa también, claro.

Intentamos que los gustos no sean tan decisivos, pero la verdad es que lo son todo. Es así. ¿Qué va antes, ellos o los sentimientos? ¿O los actos? A estas alturas ya no sé si hay sentimientos, digamos, primigenios. Si hay algo en nosotros no referencial, no cultural. Algo salvaje. Lo cierto es que es una pérdida de tiempo disociarlos, separar el qué se hace del porqué. Pero no puedo evitarlo. Si tuviera que radiografiar a mis conocidos, si tuviera que hacer una breve sinopsis de cómo son, y depositarla en un cohete para que la leyera otras civilizaciones, apostararía por ellos.

A las personas nos definen las palabras, pero casi nunca son nuestras. De hecho si nos atraen, si nos interpelan, si nos tocan esa zona, es porque adivinamos la genealogía,

todo el árbol que hay detrás. Conocimiento y olvido, la base de lo relacional. De los vínculos. Si no existiera el olvido no habría cultura. El olvido genera el factor sorpresa. Una sorpresa melosa, azucarada. Referencial. Nostálgica. Sorprenderse del todo es inconexo. Y cansa mucho. Eso es la vanguardia, y la vanguardia es racional, racionalmente salvaje sí, pero también programadamente extrema. Elitista.

Hay algo, algún tipo de dilema irresoluble, una clase de injusticia social en la cultura arriesgada. Algo no social, casi no humano. Se decide obviar, por la vía de la elevación, los referentes intersubjetivos más comunes, el día a día, lo prosaico. ¿El corazón?

Bien, yo era así.

Bueno, decir que se cambia es un poco mentira. Sólo sirve para impresionar, y aparentar madurez, para parlotear cosas como ésta y trazar parábolas personales de superación/negación. Para simular incomodidad. En realidad todos cambiamos mucho menos de lo que nos gustaría. No sé qué te parece. A los cinco años ya somos presos. Y lo jodido es que ni me acuerdo de cómo era, de qué provocó lo que soy. Sólo quedan los padres, y la familia, y algún lugar, con fortuna. Todo eso, nada en esencia propio, son los mimbres de nuestra explicación. Y lo dañino es que cada año que

pasa crece el enigma, y lejos de olvidar se tiene más presente. Y querría pasar una tarde en aquel tiempo y sacar conclusiones de algo de lo hecho luego. Pero en fin, lo fundamental es resignarse a esa pérdida de información. Y aceptarse, de alguna manera. Yo lo he hecho bajo muchas perspectivas, al menos lo suficiente para ir tirando. En eso consiste de veras la lucidez. Hay mucha gente supuestamente inteligente que se atrapa ahí, en ese punto. Los más pragmáticos acaban haciendo del colapso virtud, y consagran parte de su tiempo a la melancolía. Abandonan el presente periódicamente para intentar atrapar lo que eran. Ven películas ya vistas, dejan de escuchar cosas nuevas, quedan con los amigos para hablar de lo que hacían —cuando realmente eran amigos. También intentan hacer de su existencia algo inamovible. Suelen tener los mismos objetos mucho tiempo, y las mismas parejas. Virar les supondría extraviarse, porque son esas cosas las que les recuerdan el camino por el que llegaron.

Los más intensos se examinan continuamente, y aspiran a localizar el fallo en la cadena, el eslabón donde se torció todo, la fuga que vierte combustible. Esto no es sólo arduo, también bastante bobo, y petulante. Acuden a psicólogos, leen —a escondidas— libros de autoayuda, se hunden continuamente. Dan tres pasos hacia la verdad más que el resto, y se sienten sabios; pero ahí se quedan. No son capaces de andar uno más y sortear esa piedra.

En realidad, es del todo lógico que se frustren, y que la

vida les caiga encima como un chaparrón. No caen en la cuenta de que no hay nada que entender: las cosas son así, y son así. No se puede entender todo, ni siquiera parte. Si existe un lugar al que llegar con el conocimiento, es en todo distinto al que imaginamos. Probablemente ni exista. Lo que sí está claro existe es la búsqueda, el proceso. Pero eso parece poca cosa.

La memoria física sin embargo sí que es omnipresente. Eso molaría olvidarlo, pero no. Nos acordamos perfectamente de cómo éramos. De hecho la imagen que tengo de mí no es la actual, es la de los diecisiete años, cuando más obsesionada estaba con la apariencia. Ahora peso quince kilos más, pero eso lo sé en el espejo, o en la báscula, o follando yo que sé, o en la playa cada verano. Pero no cuando ando por la calle, no cuando me imagino con cierta ropa, mirando alguna revista. Mi idea de mí no es real sino estilizada, como en las películas de cinemascope.

Todas las mañanas me miro las tetas, la barriga, me pongo de perfil, me mido de canto. Y siempre hay un paralelismo que hacer. Un pequeño drama, y luego una mini aceptación, una pastilla, una vitamina de autoestima. Al acabar el examen me peino, me acicalo, detengo el tiempo, me paso la mano por el coño para recordar que lo tengo. Aprovecho los dedos aún húmedos porque así mola más. Luego me los huelo.

En cuanto me visto salgo a la calle, y ando rápido. Ser activa y resuelta es mi objetivo. Voy a mis cosas, voy pensando. Con el pelo negro brillante, mojado. Modifico mis movimientos cuando pasa alguien que me interesa, desde lejos lo miro. Me da igual tío o tía. Sólo busco algún reajo que me indique que soy deseable, que llamo la atención. Hoy, para alguien. Luego, al aproximarme, evito el cara a cara, porque voy a trabajar. Y porque soy muy mujer, a mi pesar. No soy presa fácil, soy especial. Y yo elijo. Es un gran fraude inmovilizador pero acaba consolando y siendo enrevesadamente emancipador. Enamorarse cada mañana puede hacernos perder el control. El control de lo importante, que como todo el mundo sabe no es el amor ni el hedonismo, ni la libertad. Lo importante, lo que nos hace dignos, es el sacrificio. Nada como la privación para encontrar el rumbo. Para saber que se tiene un rumbo. Un plan. Un plan bueno. Algo que hacer. Algo que nos defina —no sentimentalmente. Algo que dé menos miedo. Deberes que nos recuerden que no tenemos que inventar nada. Lo tangible. Objetos que tocar, que ordenar, que usar. Abrir el Word, leer la mierda esa y mandarla por mail. Pedir un café desde el despacho, mirar el cuello de Raúl. Ordenar metódicamente. Anotar lo que vas a hacer en la agenda. Tachar lo resuelto. Hacer unas cuantas llamadas. Opinar sobre alguna decisión a tomar. Pensar en si a o b es lo correcto. Decantarse antes de que surjan nuevas dudas. Enderezarse en la silla cuando se escuchan pisadas, teclear

algo inane y luego borrarlo. Todo eso compone, todo eso nos salva.

Claro, es conveniente no perder de vista completamente el fuego. El ambiente laboral es un ignífugo, pero por algo hay extintores en las oficinas. Todo pretende ser impersonal: el pladur estucado de rayitas, el linóleo del suelo, los halógenos, el mobiliario gris pálido con apliques corporativos, la ropa de inditex. Los ordenadores también nacieron para eso, para ordenar, claro. Para ayudarnos en las tareas más repetitivas y autómatas, no tener que reiterar esfuerzos parecidos. Pero los perfeccionaron demasiado, los hicieron demasiado eficaces. Y eso plantó la semilla del escapismo empresarial.

Los procesadores tan rápidos generaron muchos momentos libres, y el ocio es imparable. Aprovechamos la diferencia generacional con nuestros superiores, su inadecuación al medio informático para forjar una pequeña rebeldía, un desfalco. Las gestiones ya no ocupan tanto tiempo, pero no todos lo saben. Ocupémonos en prolongar ese pequeño engaño. No seré yo quien lo desvele. Y los discos duros enormes están diciéndome aquí se pueden tener secretos, carpetas sin título-1 o 2 dentro de directorios tan ásperos que nadie vigilará.

Y luego llegó Internet, y lo arrasó todo. Convirtió a las pantallas en nosotros mismos. Agilizó los trámites hasta

hacerlos desaparecer, pero a la vez, jajajaja, qué gilipollas, puso la piedra fundacional de la ineficacia. Eso no lo sabían. Supongo, vaya. No. Seguro. Vale, está todo eso de la agilidad y la supresión de fronteras, y el no desplazamiento físico. Lo no diferido, el tiempo real. Pero eso no consigue que trabajemos mejor. Lo hacemos más rápido, y todos parecemos más resolutivos. La velocidad tiene muy buena prensa. Lo contrario se supone que es la apatía, y la apatía se parece mucho a la muerte. Todo esto no es así, ya nos hemos dado cuenta, pero no se puede parar.

La red es el diablo, y eso se les escapó. A fuerza de acelerar el tiempo, desapareció la impresión de que las cosas son importantes. Ha aniquilado la concentración, lo concreto. En su lugar tenemos el modo multitarea. Aparentamos hacer varias cosas a la vez, y la simulación de que todo va como un tiro es muy real, casi perfecta. La solvencia. Pero yo, y todos los que me rodean, trabajamos cada año peor, cada día somos más dispersos, y dejamos más cabos sueltos, como si los programas, el cableado, los satélites los solucionaran de por sí. El sistema está tan armado, tiene tantos brazos que parece realmente una red y ya no hace falta ser perfecto, puedes vacilar con tranquilidad porque alguien te enderezará.

Y sobre todo.

Ahora ya tengo la certeza de que hay cosas que me apetecen más. Que me son más naturales. Y que no hay que

esperar a la noche para hacerlas. Porque ahora están ahí, se ven.

El deseo, eso es Internet más que otra cosa. La cercanía es el deseo. Y nos vamos a volver locos. Chats, messengers, skype, blogs, fotologs, myspaces, facebook por un lado. Memorias, dossieres, llamadas, broncas, reuniones, problemas por otro. Fisicidad. Presencia. No se puede elegir, sencillamente te ves impedida a hacerlo. Te engulle. Semillas de disuasión todos los días, una bola enorme de diletantismo a todas horas, al alcance, que nos obliga a hacer un esfuerzo extra de conceptualización, a procurarnos calma e intentar ver diáfano. A evaluar el porqué estudiamos lo que estudiamos y trabajamos en lo que trabajamos. Esto me gusta. ¿Era así? Ya no me acuerdo.

Todos tenemos ya un nick, una personalidad paralela a la física, pero no menos real. Un desdoblamiento donde refugiarse la ilusión de ser de otra manera. No se trata de falsear la voz, o de fingir, o de hacer un simulacro. Eso no nos engancharía tanto. Al cabo del tiempo la gente sacaría tripa, encogería los hombros, arrugaría el ceño. Dejaría de actuar. La gente no actúa nada bien. Un día suelto sí, y hasta una temporada si es preciso. Pero no es sostenible, y muy cansado, no aguantamos nada. Es como en los ligues de una no-

che, la gente no los continúa al día siguiente porque uff qué pereza. Casi paso de seguir simulándome. Lo que realmente mueve es la promesa de sinceridad. De una franqueza que no usamos pero que a todos nos jode no hacerlo, porque las pocas veces que la practicamos nos deja un rastro indeleble, maravilloso y tóxico a la vez. El pseudónimo no es un parapeto para la falsedad, ¡para eso ya tenemos la vida! El nick es un pasamontañas para poder desnudar el resto del cuerpo, un rectángulo negro en nuestro rostro que nos hace no del todo reconocibles. Pero tangencialmente conocidos. Para poder masturbarse y confesarse e ir algún paso más allá de lo habitual. Un desinhibidor. Se es más temerario porque todo es virtual, porque los interlocutores están a la vez a tu lado y a cientos de kilómetros. Aunque estén en la mesa contigua. La sensación de distancia no se ha eliminado, se ha desdoblado en una marciana esquizofrénica. Tan lejos, tan cerca. La física hecha trizas. La omnipresencia.

Todos tenemos ya un secreto. El historial de las páginas visitadas cada día, el menú de esparcimiento, ése es nuestro espacio confidencial. Todo el mundo visita sitios que no confiesa. Otros sí, claro. Hay que comunicarse, cantaríamos demasiado. Algunos hasta un diario donde distinguirse, o abrirse en canal, o recuperar esa vena lírica de instituto. Yo no, pero los sigo. Me apasiona seguir el meollo de los blogs.

Hace años hubiera hecho uno, fijo, pero ahora no. Bueno es que ahora ya no soy de izquierdas y eso. Pero me absorbe mirar todas esas almas entregadas a la comunicación más desaforada, más fuera de todo tino, de toda sensatez. ¿Dios mío, es que no ven dónde lleva eso? ¿Es que no se dan cuenta de que uno no puede, no debe abrirse así? Tanta epifanía, tanto lisonjeo, tanto exhibicionismo, tanto sermón, joder es que es de traca. ¿Tenemos quince años?

Pero claro, tampoco me quedo exactamente al margen. Eso supondría no enterarme de algo rematadamente actual, y ultrahumano, y a mí me gusta todo eso. Cómo no me va a interesar, para algo soy lo que soy. Por eso intento que se note mi presencia. En los de los amigos sobre todo, es fundamental mantenerlos a raya. De vez en cuando apostillo alguno de los temas expuestos, siempre de manera estratégicamente críptica y desapegada, pero también con un punto personal e íntimo, para no pasar desapercibida y conseguir que luego, cuando me ven, me digan ruborizados por qué no pasas más por mi página. Básicamente lo que intento es sabotear un poco el embeleso. Puede parecer que estoy por encima pero no. De verdad que no es eso. Sólo juego con las claves.

¿Dónde ha quedado el silencio, la intuición, la contención?  
¿Qué lugar ocupa ahora lo no dicho? ¿Por qué coño hay que  
opinar de todo? ¿Por qué desvelar nuestras aficiones? ¿Por  
qué follar todo el tiempo cuando ahí, precisamente ahí, es  
donde no se puede?

Por no hablar del pudor, el secreto, la intimidad. Te mando  
un mail, te corrijo sobre un tema externo, orbital a noso-  
tros porque de lo nuestro ya no hablamos. Contigo me  
achanto pero luego, al llegar a casa, siempre tengo algo que  
determinar. Y encima pensamos que tocamos ahora más de  
cerca a la gente. Es el colmo. Esto está eliminando el error,  
y la voz, y el cara a cara, el balbuceo, la caída de ojos.

Hay quien lo hace muy bien, claro. Como en todo. Los hay  
muy hábiles y enganchan. Están los woodyallens para los  
que la vida es una lágrima siempre activa, no enjugada.  
Son como poéticos, o así. En el mejor de los casos dan en el  
clavo con problemas troncales, universales, y los diseccio-  
nan con destreza. El miedo, la inseguridad, la inadaptación.  
Y aderezan el clímax intimista con hitos culturales; letras de  
canciones, odas a algún director, citas de libros. Éstos nos  
suelen atraer mucho a nosotras por cosas que prefiero odiar.

La antítesis son los frívolos, los pretendidamente frívo-  
los quiero decir. Ese tipo de gente que ha pactado con la

vida. Más avispados, menos conscientes. Sujetan la emotividad. Van de cínicos. Deberían gustarme, pero no es así. Porque en el fondo ellos no son así. En el fondo nadie es así. Por eso no soportan que se les llame intrascendentes, aunque sea su libro de estilo. Ellos no son banales, son posmodernos. Eso nos venden. Bueno, ya sabes de lo que hablo, ese almodovarismo. Todo ese apoyo interesado y clasista a la baja cultura. Invitar a un pobre a cenar y vistámonos como él pero usemos mantel y cubiertos desechables por si acaso. Luego están los políticos; progresistas, claro. Supongo que hay pocos fans del dinero y la iglesia con bitácora. Éstos me sacan especialmente de quicio, tan bienpensantes, tan ajenos a su propio gueto, tan poco lúcidos. Yo lo sé porque vengo de ahí, y sé lo calentita que está la conciencia estando ahí. También lo que uno se miente, y toda la sarta de prejuicios que se acuerdan propios, y naturales. En fin, suelen ser informativos, y está bien que los haya, pero también re-matadamente aburridos a las dos semanas. Son multitud los bonitos. Positivos, coloristas, escapistas. Van desde el entusiasmo moderado hasta la melancolía rollo La Buena Vida. También les suele gustar Amélie. La estética lo es todo, el estilo de vida, la postura. Son así como de rayas. En persona te hablan de peinados, y gafas, y de paisajes. Me gustaría conservar algo de su candor, pero supongo que ya es tarde.

—Un momento, un momento. Tiempo. Sigo aquí.

—Vaya, lo siento. Es el gintonic.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué a mí?

—Bueno, ya sabes. ¿Te lo tengo que explicar?

—No hacía falta el discursete. Ya me gustabas, incluso más que ahora.

—Ah.

—Hablas muy rápido. ¿Quieres siempre impresionar tanto? ¿No te das cuenta de la contradicción?

—¿Cuál?

—Ese discurso tan sabio, tan formalmente sabio. ¿Crees que necesito saber tanto? ¿Te has parado a pensar qué significa el que no haya abierto la boca? No sé, no sé qué sentido tiene hablar así de las cosas, tan analíticamente. Inventarse una distancia que está claro no tienes. Si la tuvieras no perderías tanto tiempo en demostrarla. ¿Para qué tanta entomología? ¿Para qué cojones vas a los blogs? Si en realidad lo que quieres es hacer uno de la hostia y que todo el mundo lo reverencie. ¿A santo de qué tanta ira?

—Será que me gustas.

—No si ya. Pero joder, has conseguido que desconectara muchos ratos. Te he estado mirando las tetas, que mienten menos. Y me interesan más.

—¿Ah sí?

—Pues sí. Me he entretenido imaginando tus pezones.

—Imbécil. No tienes ni idea de cómo los tengo.

—Por eso.